

TEJEDA

# Pregón de las Fiestas del Almendro

Por Angeles Acosta de Osorio

Tejeda, el pueblo que se esparce en varios caseríos inquietos que ascienden y trepan por la áspera geografía cubrenseña, asentado en el valle más profundo y estrecho de la isla, celebra, en este mes de febrero, el quinto piporo, el quinto homenaje festivo a "Los almendros en flor". Gran gesto el de este pueblo que, junto con Valsequillo, se preocupan de rendir así pleitesía a la belleza en su expresión más natural y deslumbrante.

En los almendros en flor palpita algo tan virginal, tan immaculado, de tan rotundo impacto estético que sólo con su contemplación pulsamos una escala de sensaciones entrañables: el almendro en flor es el pan tierno, oloroso, comido en la niñez, es el pañuelo albo, perfumado, que plegamos en nuestro primer bolso de mujer; es la relampagueante sonrisa de nuestro hijo entrevistado en la semioscura habitación...

Y el almendro en flor de Tejeda, concretamente, simboliza la Naturaleza libre y pura; contiene la búsqueda y el encuentro con lo natural; con los agudos picachos dispersos en varios planos; con los mil matices del gris que se desvanecen en el fondo con un malva inesperado; es el vértigo de lo eterno columbrado en un paisaje inigualado.

Y, más cercanamente, suscita el sabor crujiente, compacto del "mazapán" y el "bienmesabe". Sugiere el deseado murmullo de "el agua por el barranco y mi amor en el telar".

Todo un mundo primitivo, rústico, amable, pintoresco, anhelados, gravita en botones florescentes, niveos, de los almendros en flor.

Amiel dijo: "Un paisaje es un estado de ánimo". Y ciertamente, en Tejeda, nos hemos acalorado bajo un sol deslumbrante, alegre; hemos percibido igualmente sus frías mañanas vivificantes y sus melancólicos atardeceres pero cuando resalta con todo el compendio de la belleza, proporcionando un verdadero placer al que lo contempla, es en esta época en que le brotan a sus cumbres la floración maravillosa de los almendros, como una nevada a la inversa.

Contemplo una reproducción fotográfica que tengo a mi alcance de un buda gigante de 700 años, el Daibutsu de Kamakura en Japón. El gigantesco Buda de bronce está sentado en la postura del loto sobre un basamento, al aire libre, bajo el cielo abierto. Kamakura, distante de Tokio 50 kilómetros fue una metrópoli soberbia que no sobrevivió la edad media japonesa. La cara del Daibutsu tiene en su perfil tres metros y la estatua mide en conjunto 14 de altura. Si me he detenido en esta descripción es porque en el primer plano de la fotografía luce un espléndido almendro en flor, que, naturalmente dadas sus dimensiones es producto de una composición del ingenioso fotógrafo. Este almendro contrarresta de una manera acertada la severidad del Buda balanceándose grácilmente sobre su cabeza.

Toda la grandeza de un pasado legendario se condensa en este dios sentado, hierático, que parece contemplar indiferente la visita de los turistas, y toda la cimbreante galanura de lo vivo, actual y dinámico dimana de la nota bella y vegetal que ondula sobre su cabeza broncínea. El almendro en flor es todo un símbolo para el pueblo japonés, sensitivo y culto.

Cuando se empezó a hablar en nuestra isla de la "ruta de los almendros", tengo noticia de que fueron pioneros de ella numerosas excursiones de japoneses que la recorrieron y, no me extraña, porque ese paisaje sorprendente de Valsequillo, San Bartolomé de Tirajana y Tejeda, de exultante belleza que nace en nuestras latitudes por febrero, merece un paseo, una visita, una frecuentación, no sólo de orientales nostálgicos sino de toda clase de personas capaces de vibrar ante la rotunda perfección de esos brotes floridos, blancos o rosáceos.

Tejeda, como la ciudad japonesa de Kamakura está situada en una isla, como a ella la separan 40 ó 50 kilómetros de la capital y como ella posee un Buda petrificado, que, inmutable, contempla desde su altura con olímpica indiferencia el paso de los humanos a través de generaciones y generaciones: el Roque Nublo. (Que no es tan indiferente porque en el curso de los años le ha nacido un amor secreto, fraternal, hacia el compañero de tantos hielos, soles y rocíos, el Bentayga, y cuando la niebla y las tinieblas nocturnas ascienden cubriendo el atormentado y grandioso paisaje, el Roque Nublo, emergiendo del manto vaporoso, estira su cabeza para despedirse del fiel amigo hasta el siguiente día).

Todo eso engloba Tejeda en sus cumbres pero Tejeda no es únicamente un paisaje. Allá abajo --y al mismo tiempo allá arriba pues la población de Tejeda se halla en la garganta del valle a 958 metros de altitud es decir, aproximadamente, al nivel del volcán de Tirajana--, se encuentra el pueblo, ceñido estrechamente por el círculo pétreo de sus murallas, y en él hay actividad, inquietud cultural, gente que se forma a través del hilo mágico de la radio, amor y comprensión hacia los valores vernáculos. Quedaron atrás los tiempos en que Viera y Clavijo afirmaba "desde lo más alto apenas se ven unas cuantas chozas del pueblo. Su parroquia es pequeña y bastante asada. Esta áspera jurisdicción es de 1295 personas en los pagos del Rincón, Guadaya, Fondillo, Bentaiga, El Molino, La Plata, Las Moras, El Roque, El Chorrillo, Tescón, El Carrizal, El Juncal, Costas, Mogán". Y aunque desde 1776 se han perdido algunos caseríos, han prevalecido los más y todos se han acrecentado, lo importante es que sus gentes siguen progresando y conservando el cariño hacia el terruño, como lo patentizan estas fiestas. Y una larga galería de hijos ilustres, un alcalde que vela y se preocupa para que la primera versión de la celebración festera sea superada cada año con creces. Pero un paisaje no lo es todo, queda mermado si el elemento humano no se hace visible rescatando los materiales folklóricos, eternos de su origen aunque su valedor sea el mismísimo Roque Nublo. Es un detalle humano, inestimable, la anécdota que el ilustrísimo Dávila cuenta en sus Sinodales: "le aseguraron haberse llevado el temporal por tres veces su pequeña iglesia, la de Tejeda, con cimientos y tierra, y lo mismo de algunas haciendas, por lo que dijo con gracia un vecino de este lugar que los bienes de él no eran raíces, sino muebles"...

El almendro posee dos vertientes importantes: la de su belleza y la de su utilidad. Su fruto proporciona la materia prima para importantes industrias. Quizás en un futuro también Tejeda pueda traspasar su marco local y hacer crecer su cultivo industrializándolo, pero... permitámonos ser ante-económica, antiprogresista, ¡es tan hermoso imaginar que la pequeña manufactura casera de los productos típicos si-

gan saliendo de manos hábiles, hacendosas, tradicionales y no de máquinas!

Además lo pequeño resulta entrañable --"en agacar muy poco yase mucho dulzor-- en la dueña pequeña yase muy grand amor" afirmó desde su jocosa y particular Edad Media el Arcipreste de Hita. Y Tejeda, en su pequeñez geográfica, geofísica, de pueblo estricto, concentra, acumula, tantas variantes hermosas de la Naturaleza que estoy segura de que si un viajero en ruta por las regiones españolas como Tomás Rueda, el protagonista creado por Azorín hubiera sabido de un pueblo así de misceláneo, se hubiera ahorrado muchas andaduras porque ¿no existe en Tejeda, en el pueblo concreto, todos los elementos destacados aquí y allá, por los cuatro puntos cardinales de la península en las páginas del escritor levantino? Veamos si no. Dice Azorín: "...de Castilla vemos en una vieja ciudad --rodeada de llanura ocre-- un patio con columnas y un laurel y un ciprés. De Cataluña, un almendro en flor junto al cielo de intenso azul, y una montaña altísima con una casita.

Galicia es la mancha roja del pañuelo que lleva a la cabeza una aldeana sobre el verde del prado. Una callejuela sonora y encajada, con una cinta de añil en lo alto y olor grato en el aire tibio y voluptuoso, es Andalucía..."

¿No hubiera encontrado todo esto en el pueblo cubrenseño? Claro que sí, pero en pequeño, en entrañable, a nuestra manera canaria.

Los almendros... ¿Qué incitación especial pueden tener estos árboles para una visita ineludible e insoslayable en este mes de febrero? Será su contemplación, inserta en el pintoresquismo de un pueblo en fiestas, solaz para el es-

píritu. Proporcionará alegría sana al grupo familiar que contemplará admirativamente su blancura deslumbrante entre el gris de los roquedales. La madre --la imaginamos oculta floricultora-- podrá decir "qué curioso, las flores nacen antes que las hojas". El padre --pendiente de la economía familiar-- "este año subirá la almendra". La hija --tenaz principiante de una clase de labores-- comentará: "Claro, con unas hojitas tan complicadas ¿cómo me podrá salir bien el bordado que me dibujó Sor Anunciación? Los dos pequeños --deseando desertar del civismo inculcado-- "Qué pena, no coger esas flores". Y todos encontrarán incitante la visita y el paseo pues como colofón hallarán entretenimiento en la fiesta en sí: en las notas musicales de los conjuntos, en la vistosidad de los trajes y en el sabor genuino de los tostaderos y asaderos.

Los almendros... se han dicho muchos tópicos de ellos que yo probablemente he repetido. Pero poseo una impresión personal que quisiera comentar aquí; inevitablemente, va a enlazar con otro tópico: para mí el almendro es un milagro de la naturaleza. Pero no porque florezca en invierno, no por su belleza, sino porque su tronco rugoso, anciano, negruzco, parece ha realizado un postrer esfuerzo, un infinito y sobrehumano gesto para que en sus ramas brote toda la juventud del mundo cuajada en las flores.

Y contemplándolo, de abajo arriba, pasamos sin transición, al revés que en la vida, de la vejez a la juventud vegetal. Y este logro absoluto del cicatrizado tronco me resulta patético, conmovedor, milagroso.

Las Palmas, febrero 1975.

## LOS Pueblos

INGENIO

### HOMENAJE E IMPOSICION DE LA CRUZ DE ALFONSO X EL SABIO A DON MARIO VEGA ARTILES

Por mor de algo no previsto nos hemos visto obligados el retrasar esta información. Pero no por ello ha de quedársenos en el tintero lo que deseábamos decir.

¿Y qué decir de esta cena-homenaje a este excelente amigo, excepcional profesional, el hoy Ilmo. don Mario Vega Artiles? ¡Fue tanto...!

Si fuésemos a enumerar lo mucho y bueno --que lo fue todo-- de este acto de imponerse al mismo la Cruz de Alfonso X el Sabio ocuparíamos el total de esta página y aún nos faltaría espacio.

Fue en la noche del sábado día 15, pasado el ecuador de este informal febrero. El escenario, el "restaurante" la Luna y como fondo nuestro soberbio Aeroporero. Allí se congregaron esa noche (poco antes de las 10) unas 220 personas (compañeros, amigos, ex-alumnos, padres de éstos y hasta algunos de sus discípulos) que de forma espontánea y cariñosa querían demostrar su adhesión y simpatía al homenajeado.

Antes de la cena se sirvió en la barra un aperitivo "a gogó"; durante el mismo las conversaciones giraban todas alrededor del que iba a ser agasajado. Y la alegría y las sonrisas afloraban en todos los rostros. Acto seguido tendría lugar la cena en la que imperó la misma tónica.

Luego vendría lo que llamamos sobre mesa la cual se convirtió en exposición--muy amena por cierto-- de algunas alocuciones (que enumeraremos) que giraron en torno a la persona homenajeada, resaltando sus grandes virtudes morales y profesionales y a su innata vocación magistral, como asimismo la lectura de una inmensa cantidad de adhesiones que nos vemos en la imposibilidad de enumerar por la profusión de las mismas.

La mesa, que pudiéramos llamar de honor, en la que ocupaba el homenajeado el puesto central, estaba constituida por este orden:

A su derecha, don Vicente Hernández, secretario de la

Delegación de Educación y Ciencia, en representación del delegado de la misma; a continuación, el alcalde de Ingenio, don Francisco Hernández; teniente de alcalde de Agüimes, don Gregorio Trujillo que representaba al alcalde de la villa don Luis Trujillo; D. Bartolomé Febles, en representación de la Caja Insular de Ahorros y el teniente de alcalde de la ciudad de Telde don José Mancias.

A su izquierda, lo hacían por este orden: don Ambrosio Martínez, inspector jefe de Palencia y que, exprofeso se desplazó hasta aquí para hacer la imposición de la condecoración al señor Vega Artiles al que le une una íntima y cordial amistad; el padre y la madre de este gran hijo que es don Mario y que emocionó a los presentes; don Emiliano Madrid, en representación de la Inspección Provincial y don José Manrique, inspector de la Zona Sur.

Y tras los postres--no podía ser menos-- los protocolarios discursos, muy amenos todos y expresados con el corazón de cada participante:

Por el miembro de la comisión organizadora de este homenaje, el profesor y compañero de Colegio, don Raimundo Gutiérrez, con su excelente y pastosa voz radiofónica dio lectura a las numerosas adhesiones de las que sólo citaremos unas pocas: de Su Excelencia el Jefe del Estado, Generalísimo Franco; S. A. el Príncipe de España, Ministro de Educación y Ciencia, Gobernador Civil de la Provincia; del presidente del Cabildo Insular, del Ilmo. Obispo de Canarias, don Francisco Hernández Monzón, Inspector Provincial, etc y etc.; tantos que pasan de unos 20 más.

Tras de esta exhaustiva lectura, hizo uso de la palabra don Vicente Hernández que representaba, como dijimos, al delegado provincial

y del cual se leyó una muy sentida carta en la que éste, justificaba, muy a su pesar, su ausencia por estar en esos momentos reunido con el sub-secretario de ese Ministerio.

Después de las acertadas palabras del señor Hernández, un niño de la propia clase del homenajeado, Francisco Rodríguez Viñoly leyó unas muy emotivas cuartillas, haciendo una ofrenda y un canto a su profesor que emocionó a todos y muy especialmente a su maestro.

Luego sería don Ambrosio Martínez que, como dijimos, se desplazó exclusivamente desde Palencia para este acto de imponer la distinción al que no sólo es su amigo, sino que además le une unos lazos de tipo espiritual ya que aquél es padrino de una hija de éste que, con palabras muy atinadas, bellas imágenes de un alto valor intelectual, hizo una apología del homenajeado en lo que puso de relieve las cualidades humanas del mismo; así como su competencia profesional.

Tras de esto procedió a imponerle la Cruz con la que fue distinguido. Una cerrada y prolongada ovación que duró largo rato fue el broche de oro con el que los asistentes premiaron al que lucía ya, en su pecho la Cruz de Alfonso X el Sabio.

Seguidamente se dirigió éste a los presentes agradeciendo a todos esa deferencia que se ha tenido con él. Enumera a las personas y estamentos que han colaborado en este homenaje con lo que hace un canto a la gratitud y a la amistad.

Al término de su exposición se produjo, por parte de los presentes, una cerrada ovación. Muchos aplausos, al igual que los hubo para los señores que habían intervenido anteriormente.

Tras de esto se dio lectura y se relacionó una larga lista de obsequios y de las personas y entidades donantes,

como asimismo las dedicatorias que se adjuntaba con aquellos:

De don Ambrosio Martínez, 3 lujosos volúmenes "Arte Sacro de Palencia"; una placa de plata con una muy original dedicatoria del Ayuntamiento de Ingenio; escribanía de cuero repujado del Ayuntamiento de Agüimes; una valiosa talla en madera noble, simbolizando una agarrada de lucha canaria, obsequio del C. de L. Manindra; lujosa Biblia del Consejo Local del Movimiento; placa de la Delegación de Juventudes de Ingenio y tantos obsequios más que hacen interminable esta lista.

No queramos cerrar esta información sin antes felicitar a los miembros de la comisión organizadora de este homenaje, los señores: don Vicente Romero, director del C. N. "Dr. José Melián" al cual pertenece el homenajeado; don Raimundo Gutiérrez profesor y compañero del mismo, don Sebastián Cruz, jefe local de la Guardia de Franco y don Victoriano Suárez presidente de la APA de Ingenio; los cuales hicieron posible este acto, perfectamente organizado y que constituyó un franco éxito.

Así mismo a la Organización Artiles por la precisión y lo esmerado del servicio.

¿Y qué decir de las efusiones, felicitaciones, abrazos de afecto, la alegría de todos los presentes hacia el homenajeado? Algo indescriptible. Todo ello unido a la emoción que producía en todos el contemplar a los padres del bueno de don Mario, allí presentes viendo todas aquellas muestras de afecto y cariño hacia su hijo. ¡Algo conmovedor, sí, señores!

Y uno que quiere mucho y bien al buen amigo don Mario Vega Artiles, una vez más, le reitera su afecto y su, en verdad, sincera felicitación.

L. RIVERO LUZARDO